

El mito democrático costarricense. La constitución de la práctica política en períodos de conflicto. Laura Álvarez Garro. México: FLACSO, 2011, 264 páginas.

Javier A. Torres Vindas
Correo electrónico: socioarte@gmail.com

El libro de Laura Álvarez Garro se publicó en el 2011 como parte del trabajo de investigación que acreditó a la autora con el grado de Máster en Ciencias Sociales de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede académica México, bajo la dirección del Dr. Julio Aibar Gaete. Inscrita en el Seminario de tesis “Conflicto, memoria y política”, y bajo la línea de investigación “Discurso e identidades en América Latina y el Caribe”, la obra fue posteriormente premiada en el concurso “Premio FLACSO 2010” en categoría de mejor tesis de Maestría en Ciencias Sociales.

Para empezar, el mito es abordado teóricamente desde dos tradiciones: (a) Sorel-Cassirer, para quien el mito es una emoción que luego deviene plan de acción, pero con la salvedad de superar sus imposibilidades y hacerse ideológico (Žižek) -acá los intelectuales tienen una gran participación en la construcción de discursos hegemónicos, dado su capital simbólico; y (b) Barthes, para quien el mito es un “habla”, un mensaje, una forma. Con ello el mito se aleja de la contingencia y se vacía; jugando su existir entre el sentido y la forma se deforma. Así, el mito constituye una inflexión de sentido, que a la vez neutraliza y despolitiza la acción, y cuya función principal sería, por tanto, purificar las cosas, volverlas inocentes, fundir la naturaleza y la eternidad. De esta manera, el mito democrático se hace una forma estable, cristalizada, que elimina oposiciones y contradicciones. De ahí su potencial político-apolítico: ser una forma a la que apelen los actores como espacio de encuentro y anulación de las diferencias. Como muestra Álvarez, se trata de un dispositivo hegemónico que anula las disputas, a la vez que reduce el espacio político de las diferencias. En otras palabras, el mito se inscribe como un movilizador o un anti-movilizador, o sea como un agente que promueve el cambio mientras que en otro momento lo evita.

Seguidamente, Álvarez articula y responde a las preocupaciones: ¿Cómo se articula este mito democrático frente a períodos de conflicto político y social? ¿El mito democrático actúa como propulsor de movimientos sociales que procuran profundizar la democracia o, por el contrario, es un limitante que se oculta bajo los cánones de la democracia procedimental? Su autora sustenta la búsqueda de respuesta en la hipótesis siguiente:

(...) la construcción de la noción de democracia en Costa Rica está atravesada por un planteamiento particular ideológico–nacional, que actúa como un modelo de identificación imaginaria y simbólica que tiene por resultado que los actores en conflicto, apelen al mito democrático como un mecanismo privilegiado en la búsqueda de la legitimidad. Sin embargo, si bien los diversos actores parten de una construcción mítica compartida, ésta tiene impactos diferenciales de acuerdo al lugar de enunciación que tienen los actores, produciendo una disputa por la idea de democracia, y por ende, de sujeto y sociedad. Por consiguiente, en esta investigación se sostiene que los efectos imaginarios y simbólicos del mito democrático cambian de acuerdo al uso político que los actores en conflicto realizan de éste. (pág. 9)

Álvarez logra construir, de forma pertinente y audaz, un entramado metodológico que conecta sus orientaciones teóricas con sus casos, los cuales analiza en detalle (págs.111-235):

- Caso 1: Ley de Pensiones del Magisterio Nacional 1995.
- Caso 2: Ley del Mejoramiento de los Servicios Públicos de Electricidad y Telecomunicaciones y de la Participación del Estado (Combo ICE) 2000.
- Caso 3: Movilización social en contra del Tratado de Libre Comercio Centroamérica–República Dominicana con Estados Unidos (CAFTA) en el mes previo al referéndum del 7 de octubre 2007.

El examen prueba sus hipótesis, pero ante todo da un diagnóstico iluminador sobre la “omnipresencia” del mito democrático costarricense y adelanta una crítica, fundamentada en su marco teórico y sus hallazgos, a los límites de la democracia procedimental. El centro mismo de la disputa mítica es la legitimación de un *statu quo*. ¿Cuál? El de los vencedores.

El lenguaje –como apunta la autora- se convierte en arma de lucha, en espacio de luchas sociales. Éste porta las visiones de mundo encontradas, la arena donde los actores desde una *dialogía* gestan y despliegan una *monología* que subyuga, mas no anula las otras voces, según lo que apunta Bajtín. De ello trata el texto: de encontrar en esas luchas los “silencios”, las “victorias”, para que luego, de esa fenotextualidad, emerja el magma, como entiende Castoriadis a ese subsuelo de sentido, que legitima en el imaginario colectivo del mito democrático costarricense.

Álvarez expone su argumentación en siete capítulos, a los cuales precede una “Introducción” (págs.7-10). En ella, la autora inicia con la constatación empírica y documentada de la arraigada y ya sexagenaria democracia costarricense (tomando como partida la guerra civil de 1948), la cual desde 1953 al 2010 ha logrado sin interrupción la sucesión democrática del poder mediante justas electorales en una región caracterizada desde 1954 (fin de la primavera democrática en Guatemala) por dictaduras y golpes de Estado, y amenazada en 2009 por el golpe de Honduras, en lo que era la nueva era democrática desde el cese de la guerra en la década de los noventas del siglo anterior.

Se trata de una democracia procedimental como mecanismo para decidir y legitimar quién ostenta el poder y su sucesión. Más aún, Álvarez, basándose

en Macpherson, ve lo procedimental más allá. En su imaginario colectivo, con el cual diversos actores se identifican y toman como fuente para sus disputas, se convierte a dicho recurso (la democracia costarricense) en un dispositivo de poder ideológico en conflictos coyunturales. Para ello, Álvarez analiza y compara los tres conflictos mencionados.

En el capítulo I (págs. 11-24) se caracteriza el problema investigado. Para ello se hace un balance crítico de la literatura existente sobre el tema democrático y se discute la postura y los indicadores de diversos organismos internacionales que hacen del caso costarricense en diversas medidas y estudios un caso excepcional (*demoperfectocracia*). Con ello se detectan los núcleos argumentales en los cuales su investigación adquiere pertinencia teórica y desmarca su análisis del estudio del régimen democrático para avocarse a un objetivo más estricto: “plantear a la democracia como un constructo que está relacionado con una determinada concepción de sujeto, y por ende, con una concepción de sociedad particular” (pág. 8). Con esto, Álvarez dispone un entramado de conceptos que le permitan asir su objeto en estudio: democracia, sujeto, sociedad e ideología.

El capítulo II (págs.25-69) da cuenta de las diversas narrativas históricas que a lo largo del siglo XX dieron forma delineada al mito democrático costarricense. Se trata de narrativas que revelan una lucha por establecer “la” historia del mito, a su vez que develan las pugnas propias de la legitimidad de “la historia”. El primer subapartado incita a la polémica “Había una vez...”. Acá la autora juega con esa tensión académica entre *history* y *story*, no con un ánimo burlesco, sino con el rigor científico de enunciar claramente cuáles han sido las vicisitudes propias de construir la “excepcionalidad” costarricense. La autora prosigue en la búsqueda de ausencias y omisiones, para ello toma revista de dos puntos de vista: las luchas sociales (págs. 39-56) y la construcción de un mito (págs. 57-69). Con ello, Álvarez logra mostrar dos narrativas bien definidas en la literatura especializada sobre los procesos sociohistóricos costarricense: (a) la narrativa del “paraíso” costarricense que la convierte en una excepcionalidad en Centroamérica (aquí priman los conceptos valor de “democracia rural”, “el labriego sencillo”, “igualitico”, “aislamiento” “blancura”, “pacifismo”), y (b) la narrativa del conflicto social, la polarización social y la lucha de actores sociales no privilegiados. Se trata de una narrativa desde las izquierdas, para quienes el enfrentamiento social debe ser canalizado al momento procedimental de la democracia. En ambas narrativas, el mito democrático funge como horizonte regulativo desde y hacia el cual los diversos actores disputan sus posiciones. Surge entonces la pregunta “¿cuál es el uso político que se realiza del mito democrático en períodos de conflicto?” (pág. 69).

La respuesta empieza a partir del capítulo III (págs. 71-103) y se despliega hasta el final del texto. En esta sección se enfrentan los conceptos centrales para el análisis: política, sujeto, mito, sociedad, ideología, identificación simbólica e imaginaria, hegemonía. Para tal efecto, la autora recurre a Gramsci, Althusser, Sorel y Cassirer, pero con mayor perseverancia a los aportes del psicoanálisis en sus contribuciones a la teoría política –Álvarez posee formación de grado en psicología por la Universidad de Costa Rica (UCR). Para ello pasa revista de la obra de Schmitt, Lefort, Žižek, Laclau, Rancière, Freud y Barthes.

Con estas herramientas prosigue en el capítulo IV (págs. 105-109) con el diseño metodológico. La estrategia de investigación es cualitativa, mediante el *análisis crítico del discurso*. Siguiendo la tradición de la *teoría fundamentada*, la autora selecciona su unidad de análisis mediante el muestro teórico en los tres casos antes mencionados. Estos se enmarcan en el período histórico reciente 1995-2007, con el fin de responder a sus preguntas. Se debe poner especial atención a *matriz de análisis* (pág. 109) con la cual Álvarez emprende el estudio de los casos seleccionados de forma sistemática, y que le permitirá luego las comparaciones entre fenómenos históricos singulares. Se trata de una muy buena estrategia para resolver el dilema sociológico de la aprensión de objetos históricos.

Como ya se adelantó, en el capítulo V (págs. 111-235) se hace el análisis minucioso de los casos en estudio. Se trata del apartado más amplio del escrito, en el cual la autora, guiada con la *matriz de análisis*, procede de forma rigurosa y documentada a presentar los aspectos más determinantes de esas disputas de sentido en esos tres momentos de conflicto social. Al ser un estudio centrado en el discurso, Álvarez decide buscar la voz de los actores en esos conflictos. Para ello recupera los campos pagados que esos actores hicieron circular en los periódicos *La Nación* y *La Extra*. En total 128 campos pagados son analizados. Para el Caso 1-1995 son 46, para el Caso 2-2000, 29; y para el Caso 3-2007, 53 (pág. 111). El discurso porta esas luchas, las expresa y condensa. Al respecto la autora acusa:

(...) [en] la estrategia argumentativa y enunciativa desplegada en estos campos pagados se realiza una transmisión acerca de ideales comunes sobre lo que significa la sociedad, el sujeto, la nación, y por supuesto la democracia; asimismo, se pone en escena cuál es la concepción que sobre la democracia tienen los diversos actores sociales involucrados en este momentos de conflicto social y político, y por consiguiente, su propuesta ideológica, de sujeto, sociedad y nación. (pág. 10).

El capítulo VI (págs. 237-249) presenta una *Síntesis Interpretativa* en dos actos: la democracia "omnipresente" (págs. 238-246) y una problematización de la democracia liberal procedimental (págs. 246-249). En el primero, la autora apoya su argumento en Lefort, quien propone el supuesto de la democracia como un lugar vacío, que no tiene contenido sustancial o esencial *per se*. Como consecuencia, la autora constata empíricamente (Capítulo V) lo que había anunciado en el Capítulo II: "los actores costarricenses en momentos de conflicto social, donde anteponen intereses que pueden polarizar y hasta dicotomizar la lucha política, apelan en última instancia a la búsqueda de soluciones amparadas en la institucionalidad de la democracia procedimental." (pág. 116)

Así, los actores en disputa buscan en todo momento formas "legítimas" de actuar y de presionar según sus intereses, de manera que no rebasen los marcos institucionalizados de la democracia instituida. En esto irrumpen un segundo mecanismo sociopolítico e ideológico: el apelar al mito democrático costarricense. El espacio político se ve entonces organizado por este mito, a la vez que el mismo actúa como cierre del campo de estrategias políticas alternativas y como soporte de legitimidad

e identificación de los actores en momentos en los que otros referentes de significado e identidad fallan o, al menos, pierden sus límites de referencia. Este mito, tal como muestra Álvarez a lo largo de su estudio, se ha venido sedimentando y alimentado en narrativas del “ser costarricense” que provienen desde la independencia (1821) y que han ido tomando fuerza desde fines del siglo XIX al presente, atravesando visiones de mundo compartidas sobre el sujeto y la sociedad. Es un mito que decanta en tres conceptos valor (significantes) que (re)operan en su eficacia en momentos de crisis de sentido histórico-social-político: diálogo, paz, consenso. Con ello se “eterniza” no solo el mito, sino las prácticas de los actores y sus posibilidades de ampliar el campo de lo político (pág. 245). Por último, el segundo subapartado avanza en la reflexión teórica del problema de la democracia procedimental como límite a la acción política, no solo en el caso específico costarricense, sino incluso en las posibilidades de apertura en la reflexión de lo político e ideológico en la obra de Lefort y Žižek.

En definitiva se trata de un texto riguroso que abre caminos a la discusión del mito democrático costarricense o a otros mitos políticos, y que muestra la existencia de narrativas que han alimentado este mito y la operatividad material y simbólica que se da entre los actores en momentos de conflicto social, aun sin ser plenamente conscientes de ese magma de sentido que les arropa en sus luchas en pro o en contra de las disputas particulares. Acierto y ejemplo de un trabajo esmerado, minucioso y creativo en lo metodológico que logra aprovechar con “maestría” lo conceptual como herramienta para la interrogación de lo empírico. Parafraseando a Hegel: lo que carece de historia deviene mito.

